

»Cierta día, aquella celeste aparición vino á iluminar mi vida aislada: sólo Dios sabe lo que pasó en mí en aquel momento; pero si os diré que no hay hombre en el mundo capaz de experimentar el inmenso amor que se apoderó de mí entonces. Y ahora... ¡ay! ¡pobre Madelon!...»

Al llegar aquí el joven no pudo contener sus sollozos; cubrióse el rostro con ambas manos, dejó escapar un doloroso gemido, hizo después un esfuerzo sobrehumano, y levantando la cabeza prosiguió su relato.

«La hija de Renato Cardillac me miraba con benevolencia, y á menudo iba al taller sólo para dirigir algunas miradas al joven obrero. El amor que nació en nosotros hizo rápidos progresos, y pasó mucho tiempo sin que el diamantista lo sospechase. Yo no tenía más que un deseo y un pensamiento, y sólo soñaba en merecer á Madelon por los servicios que prestara á su padre; pero cierta mañana, al entrar en el taller á la hora de costumbre, Cardillac me salió al encuentro, con las facciones contraídas por la cólera y una expresión marcadamente desdeñosa.

«—Joven—me dijo bruscamente—vas á salir de esta casa ahora mismo, y te prohibo poner aquí más los pies. En cuanto á las razones que tengo para proceder así, no necesito manifestártelas; bástete saber que el fruto que tu codicia busca no madurará nunca para ti ni para tus semejantes.

»Quise contestar, pero señalóme la puerta con ademán imperioso, y como vacilara en obedecer, cogióme del brazo y me empujó fuera tan brutalmente, que fui á caer casi desvanecido en los escalones de piedra de la casa contigua. Poseído de la mayor desesperación, comencé á correr por las calles, sin saber á dónde ir; pero llegado al arrabal de San Martín, encontré un amigo que me ofreció á la vez dinero, consejos y un refugio en el cuarto que habitaba. Desde aquel día no

tuve momento de reposo; á todas horas se me hubiera podido ver rondando por la intermediación de la casa de Cardillac, y vertiendo lágrimas, como si Madelon hubiera podido oír mis quejas y contestar sin ser observada por los ojos de lince de su padre. Yo formaba mil proyectos, tan extravagantes unos como otros.

»La casa de Cardillac, en la calle Nicasio, se apoya en un antiguo y alto muro, en el que hay varios nichos con estatuas de piedra corroidas por la acción del tiempo. Cierta noche que me hallaba junto á ese muro, mirando ansiosamente las ventanas de la casa del diamantista, parecióme observar una luz en el taller, y como era la media noche y la tienda de Cardillac se cierra muy temprano, porque éste suele acostarse antes de la hora de la queda, mi corazón palpitó, y mis miradas espionaron atentamente el menor movimiento que podría hacer una sombra.

»¿Quién sabe, murmuraba yo, si mi feliz estrella me habrá traído aquí á punto para encontrar ocasión de presentarme de nuevo honrosamente en la casa de maese Cardillac? Cuando hacía esta reflexión, la luz se extinguió, sin que al parecer la hubiesen llevado á otra parte; esto me inquietó; por un movimiento involuntario me oprimí contra una de las estatuas de piedra del antiguo muro, y, cosa extraña, suficiente para aterrar á los más valerosos, me sentí empujado hacia adelante, cual si aquella figura de piedra estuviese animada. En el mismo instante, el espanto me turba; veo girar la piedra lentamente, como sobre un eje, y de la cavidad que descubre precipitase una sombra, cuyas facciones no puedo distinguir á pesar de la luz de la luna... Acércome á la estatua y procuro moverla sobre su base, pero mis esfuerzos son inútiles, pues permanece inmóvil, cual si estuviese incrustada en el muro. Sin embargo, deseoso de proseguir mis investigaciones, corro en la dirección que la sombra ha to-

mado, gano terreno, y fáltame ya poco para alcanzar al desconocido. Llegado junto á una imagen de la Santa Virgen, iluminada por una lámpara, aquél se vuelve al oír mis pasos; la fugitiva claridad que brilla á los pies de la santa imagen me permite ver rápidamente las facciones de mi hombre, y reconozco á Cardillac. No podría expresar, señora, todo el horror que experimenté, todas las siniestras ideas que atormentaron mi pensamiento; pero una especie de fascinación me arrastraba en pos del diamantista. A unos cien pasos más lejos, maese Renato se pierde en la oscuridad; yo le sigo, guiado por una tos seca que no le abandona nunca, y al fin se detiene junto á una antigua casa; vigilo con inquietud sus menores movimientos, y ocúltome en la parte de la calle que la luna no ilumina con su pálida luz. Muy pronto aparece un caballero ricamente vestido, que entona una canción y avanza con paso vacilante, como si estuviese ebrio, haciendo resonar sus espuelas de plata. En el momento de pasar por delante del sitio donde se halla oculto Cardillac, éste salta como un tigre sobre aquella presa indefensa, y el pobre caballero es derribado al punto. Yo profiero un grito de horror y de alarma, mientras que el diamantista, inclinado sobre el cuerpo de su víctima, parece registrarle las entrañas.

»—¡Cardillac, Cardillac!—exclamo, poseído de terror—en nombre del cielo ¿qué hacéis?

»El maestro se levanta con un movimiento de cólera, prosigue su carrera, y déjame aterrado. La víctima yacía en tierra sin movimiento; acércome al infeliz, estremecido de horror, para ver si se le puede auxiliar aún; pero ¡ay! ya no da señales de vida.

»—Tal es mi estupor, que no veo una patrulla que me rodea.

»—¡Hola, tunante!—grita el jefe con voz de trueno.—¿Qué haces ahí?

»—Ved—le digo—es una nueva víctima de los asesinatos que afligen á Paris; este desgraciado acaba de caer á mi vista, y trato de auxiliarle.

»—¡Vamos, vamos, en marcha!—contesta el jefe de la ronda;—muy pronto te ajustarán las cuentas.

»Y sin dar tiempo para justificarme, los soldados me agarrotan y arráncanme brutalmente; uno de ellos aproxima su linterna á mi rostro y exclama:

»—¡Pardiez, este es Oliverio Brusson, el obrero del buen Cardillac! ¿Quién le habría creído capaz de mezclarse en semejante aventura? Vamos, joven, ¿has visto cómo ha sucedido eso? Habla y veremos lo que se puede hacer por ti.

»Me apresuro á referir los detalles de la escena de que acababa de ser testigo, pero sin revelar el nombre de Cardillac, mi bienhechor. Pocos momentos después hallábame en un calabozo, con un misero jergón por único lecho.

»Al rayar el día, despertéme sobresaltado; la puerta de mi prisión se acababa de abrir, y el mismo Cardillac apareció á mi vista.

»—¡Gran Dios!—exclamé—¿qué venís á hacer aquí?

»El artifice, sin conmoverse en lo más mínimo, acercóse con la sonrisa en los labios, y, sentándose en un banquillo, hablóme con una calma y benevolencia que me causaron el mayor asombro.

»—¡Pobre muchacho!—me dijo—he sido algo duro contigo, y me he quedado sin mi mejor obrero; pero ¿qué le hemos de hacer? Tu amor á Madelon, que tan bien ocultabas, me había inspirado desconfianza, y de ésta á la cólera no hay más que un paso. Debía comenzar por despedirte, y lo hice así; pero después he reflexionado, acordándome de tus buenas cualidades, de tu celo y probidad. En una palabra, no podía hallar en parte alguna un esposo tan conveniente para mi

hija. Si quieres volver á mi casa, procuraré que algún día seas el prometido de Madelon.

»La perversidad de aquel hombre me confundía de tal modo, que no acertaba á contestarle.

»—Vamos—añadió—no contestas palabra, y vacilas; tal vez prefieras á mi proteccion una visita á la Reynie; pero ten presente que aquel que toca el fuego se quema muy á menudo.

»Al oír esta amenaza, no pudiendo contenerme más, contesté al maestro:

»—Á los que no tengan la conciencia tranquila se les podrá espantar con el nombre de la Reynie; pero yo, á Dios gracias, estoy libre de remordimientos.

»—Ten cuidado—interrumpió de nuevo Cardillac—yo no te digo más que esto, y sé muy bien á qué atenerme en todo. La calumnia cederá ante mi bien sentada reputación; si mi hija no te amase con locura, y su vida no me fuese más cara que la mía, seguramente no me verías en este momento aquí; pero ella te ama, y se muere..... he consentido en uniros para que ella viva, y ahora te espera.....

»—¿Qué os diré yo, señora? La emoción, la sorpresa, una dolorosa alegría, en la cual se mezclaba con tanto amor el recuerdo de los crímenes del padre, el temor que me inspiraba el porvenir, y las inquietudes del presente.....; todo se confundía en mi cabeza, y perdí el conocimiento. Cuando abrí los ojos hallábame en casa de Cardillac; Madelon, de rodillas junto á mi lecho, arrojóse en mis brazos, dirigiéndome las más consoladoras palabras: aquella fué una hora de suprema felicidad...»

El pobre Oliverio no pudo continuar; los sollozos y las lágrimas ahogaban su voz; la señora Scudéri le había escuchado con religiosa atención, y cuando el joven hubo recobrado un poco de calma, rogóle que continuase, preguntándole si tenía algunos datos

sobre la cuadrilla de asesinos que afligía á la capital.

«Jamás existió en París una cuadrilla de asesinos organizada; Cardillac bastaba por sí solo para llevar á cabo esa sangrienta tarea, y esto mismo era lo que aseguraba su impunidad; pero escuchad el fin de mi relato, y conoceréis al más culpable y al más desgraciado de los hombres. Depositario del odioso secreto de Cardillac, sentíame acosado por los remordimientos, imaginándome á veces que yo era cómplice de sus infamias; sólo el amor de Madelon bastaba para cubrir de nuevo con una venda mis ojos, dulcificando el horror de los recuerdos. Durante las horas de trabajo en el taller, apenas osaba mirar á Cardillac, y no podía comprender la doble vida de aquel hombre: tierno padre, artista admirado, y artífice que se granjeaba el aprecio, ocultaba bajo sus virtudes la más espantosa conducta. Mi corazón se llenaba de angustia al pensar que su hija, aquella niña pura como los ángeles, podía quedar, de un día á otro, envilecida por la deshonra de su padre; este temor que me laceraba, era para Cardillac la más segura garantía de mi discreción; y en mis largos insomnios, atormentado por la necesidad de hallar algo que excusase una conducta cuyo secreto no podía penetrar, perdíame en conjeturas. Una circunstancia, al parecer indiferente, me puso en camino de descubrirlo todo. Cierta día, Cardillac entró en el taller más sombrío y preocupado que nunca; ocupóse algunos minutos en examinar varios diamantes, y, rechazando lejos de sí un adorno que contemplaba hacía un momento, dirigióse hacia mí brusca-mente y me dijo:

»—Oliverio, esta posición es intolerable; eres dueño de un secreto que la policía de París no pudo descubrir nunca; has visto por tus propios ojos á qué me conduce todas las noches mi genio maléfico; y tu mala

estrella es la que te ha traído aquí para que seas mi cómplice forzoso.

»—¡Monstruo abominable!—exclamé.—¡Yo, tu cómplice! ¡No, jamás; antes morir mil veces!

»Cardillac se sentó, enjugó su frente, inundada de un sudor frío, y recobrando su calma ordinaria, me dijo:

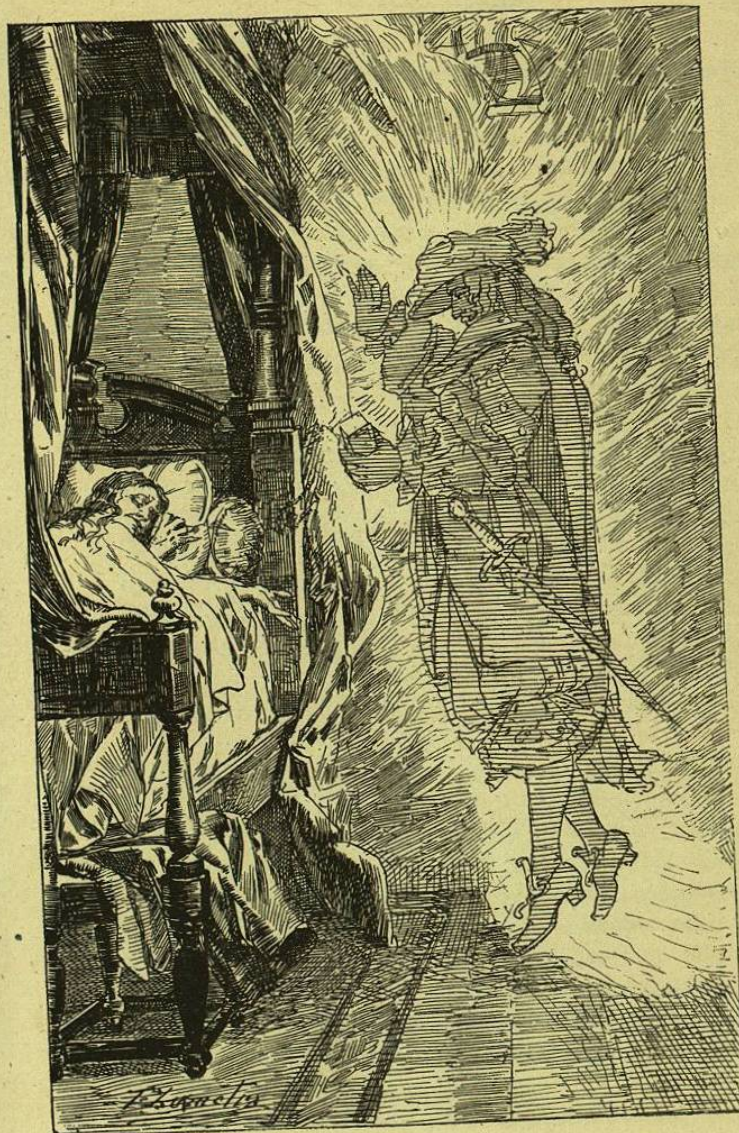
»—Escucha; tengo que decirte muchas cosas, y cuando me conozcas mejor, en vez de maldecirme, creo que me compadecerás. Varios médicos famosos han escrito en sus obras que las impresiones experimentadas por las mujeres que están en cinta ejercen una profunda influencia en la moral de los hijos, produciendo á veces efectos contra los cuales todos los esfuerzos de la educación no pueden nada en el porvenir. Me han referido que mi madre, hallándose embarazada de mí, había acompañado á varias damas á Trianon, donde vió á un joven caballero, vestido á la española, que llevaba un magnífico collar de brillantes. Poseer tal tesoro fué al punto la idea fija de mi madre, la cual recordó de pronto que aquel caballero la había hablado de amor algunos años antes. Los dos se reconocieron casi en el mismo instante, y mi madre, que sólo había resistido por virtud, juzgó que era un hombre verdaderamente hermoso. El brillo del collar y de los brillantes, que lanzaban reflejos deslumbradores, la fascinaba; y ella y el caballero se sintieron atraídos mutuamente de una manera irresistible. El caballero condujo á mi madre á un salón retirado y desierto; y allí, cuando la estrechaba en sus brazos en un transporte de amor, como ella puso vivamente sus manos en el collar, en el mismo momento, bien fuera por un ataque de apoplejía, ó por cualquiera otra causa, el caballero cayó muerto, arrastrando á mi madre, que inútilmente se esforzaba para desprenderse de aquel cadáver; en aquella lucha horrible, sin em-

bargo, no podía apartar la vista de aquel rostro descompuesto por la muerte, y que, por una extraña fascinación, parecía fijar en ella sus ojos vidriosos. Al fin acudieron algunas personas, al oír sus gritos desgarradores, desprendieronla y la condujeron á su casa en la litera; pero una larga y dolorosa enfermedad fué el resultado de aquella emoción. El restablecimiento fué muy incierto; temióse por ella y por la criatura que llevaba en su seno, pero al fin recobró la salud y yo vine al mundo sin hacerla padecer mucho. Sin embargo, el accidente tuvo una deplorable influencia en mi organización, pues recibí el germen de una pasión funesta. Desde la más tierna infancia manifestóse en mí una singular afición al oro, á los diamantes y á las joyas; y más tarde, cuando llegué á la adolescencia, lo que pudo parecer solo antes un capricho de criatura, convirtiéndose en una tendencia muy marcada, desarrollándose en mí el instinto del robo. Tenía una disposición natural para reconocer al primer golpe de vista las alhajas verdaderas y las falsas; y mi padre, echando de ver más de una vez mis malas inclinaciones, castigábame severamente á cada falta; esto combatió durante algunos años mis fatales tendencias; pero tarde ó temprano, la naturaleza triunfa al fin. Quise aprender el oficio de platero, imaginándome que esta clase de trabajo, poniendo á mi disposición ricos materiales de toda especie, cambiaría poco á poco mis inclinaciones; muy pronto llegué á ser una notabilidad de la época, y la fortuna vino en auxilio de mis rápidos progresos. La gente afluía á mi casa para hacerme encargos; pero muy pronto me atormentó la fatal necesidad de apropiarme todo cuanto se me confiaba. Comencé por el hurto y acabé por el asesinato. Gracias á mi profesión podía entrar en las principales casas; mi riqueza, bien conocida, era suficiente para que se confiara en mí; y por mi talento merecía las

atenciones de todos. Supe aprovechar estas ventajas; no hubo mueble ni cerradura que resistiese á mi infernal destreza, y así sustraje enormes valores. Mi codicia se acrecentó por el buen éxito, y comencé á experimentar un odio inconcebible contra todos aquellos que tenían oro y pedrerías: la sed de su sangre me acosaba sin cesar. En aquella época compré esta casa; el día en que firmé el contrato de adquisición, el vendedor me dijo:

»—Maese Renato, me habéis comprado la casa pagándola sin regatear, y por lo mismo voy á confiaros un secreto que podrá seros útil.

»Así diciendo, condujome á un armario practicado en la pared, corrió un tablero del fondo, que cerraba una especie de gabinete y después levantó una trampa, que daba paso á una escalera muy empinada y oscura, en cuyo fondo veíase un pasadizo que conducía á un postigo y á un patio; en la extremidad de éste, el muro de recinto alto y grueso, no tenía nada de particular; pero en la ranura de la piedra de los cimientos, ocultábase un botón de acero; mi interlocutor le oprimió, y al punto abrióse en el muro una puerta secreta, por donde se podía salir á la calle. Esta puerta, que era de encina, estaba cubierta de una capa de mortero, hábilmente aplicada; y por la parte de la calle, una estatua de madera se adaptaba con la mayor exactitud á la puerta; habíanla pintado de modo que parecía de piedra, y servía para ocultar la salida. Probablemente, aquello era obra de los monjes que ocuparon en otro tiempo la casa, y que de vez en cuando salían por allí para librarse de los enojos del Claustro. Como quiera que sea, aquel descubrimiento debía tener para mí fatales resultados: dueño del secreto de tan singular mecanismo, comprendí muy pronto el partido que podría sacar para favorecer mis planes. Precisamente entonces acababa de construir para



OLIVERIO BRUSSON

cierto caballero de la corte un magnífico aderezo destinado para una bailarina, y el instinto del robo y del asesinato se manifestó en mí con más fuerza que nunca. Cierta noche ví en sueños al caballero, que se deslizaba en casa de su querida con el precioso regalo; la fiebre enardecía mi sangre, despiértome sobresaltado, levántome, y después de vestirme rápidamente, salgo de la casa por la puerta secreta. Ya estoy en la calle Nicasio; un hombre pasa junto á mí ricamente vestido; es él; me abalanzo por detrás, le clavo mi daga en el corazón... y ya es mío el estuche... Y dominado por un espíritu infernal, en vez de arrepentirme del crimen que acabo de cometer, me quedo muy tranquilo saboreando la satisfacción que me proporciona mi robo... Mi fatal estrella me perseguía. Y ahora, Oliverio, ¿qué más podría decirte? Soy ya un monstruo feroz? No. Tú sabes con qué repugnancia acepto los trabajos que me encargan, y también que no quisiera hacer nada para ciertas personas; y no ignoras, en fin, que gracias á mi fuerza atlética, me contento con aturdir de una puñada á los que mi irresistible pasión me impulsa á despojar.

»Después de este largo y terrible relato, continuó Oliverio, Cardillac me condujo á una cueva, donde había acumulado más riquezas de las que pudiera contener el tesoro de un rey: una nota fija en cada objeto indicaba el nombre de su primer propietario, y el medio de que se había valido Cardillac para susstraerla.—El día en que te unas con Madelon, dijo Cardillac con voz sombría, me jurarás por Jesucristo destruir, después de mi muerte, todas estas riquezas, pues no quiero que el precio de la sangre vertida sea una maldición entre mi hija y tú...

»Fluctuando entre el amor de Madelon, sin el cual no podía vivir, y el horror que me inspiraba su padre, vacilé largo tiempo entre la fuga ó el suicidio... ¡pero

Madelon estaba allí! ¡Compadecedme, señora, por haber sido tan débil! ¿No es suficiente expiación el suplicio que me espera?

»Cierta noche, Cardillac volvió á casa muy alegre; prodigó á su hija muchas caricias, y al cenar probó algunos vinos de los mejores, cosa que no hacía sino los días de fiesta. Madelon se retiró después, y yo iba á imitarla para evitar una nueva conversación; pero Cardillac me detuvo, y llenando nuestras copas, díjome alegremente:

»—Espera, muchacho, vamos á beber á la salud de la mujer más digna de París, y después me dirás qué te parece esta frase: «El amante que teme á los ladrones no es digno de amor.»

»Refirióme en seguida lo que había pasado en casa madama de Maintenon entre vos, señora, y el rey. Gracias á vos, cuyas elevadas virtudes veneraba, parecíale, según dijo, que su mala estrella se extinguiría, y que podríais llevar la más preciosa obra salida de sus manos, sin que su espíritu maléfico le inspirase la horrible idea de arrebatárosla por el asesinato ó el robo.

»—Escucha, Oliverio—me dijo además—hace largo tiempo que recibí el encargo de fabricar para la princesa Enriqueta de Inglaterra un collar y brazaletes. Ya sabes con qué cariño me entregué á esta obra, y que no economicé trabajo, ni tiempo ni estudio. El desgraciado fin de esta princesa, víctima de una infame traición, dejó en mis manos el aderezo, cuyos materiales había facilitado yo mismo. Pues bien: quiero ofrecer esta obra verdaderamente regia á la señora Scuderi, en nombre de los asesinos invisibles. Será á la vez un homenaje que me complazco en tributar á esa noble é ilustre mujer, y un chasco para Desgrais, Argenson, la Reynie y sus compañeros.

»Al oír vuestro nombre pronunciado por Cardillac, sentí en mi alma una indefinible impresión de gozo, y

una dulce esperanza disipó como una nube todos los sombríos presentimientos que me atormentaban. Cardillac, notando el efecto que vuestro nombre me había producido, añadió:

»—Mi idea te parece buena; esta es una razón más para adoptarla, y un medio de conjurar en cierto modo la mala estrella que rige hasta ahora mi destino; será el principio de la expiación necesaria para purificarme. Hace poco tiempo había imaginado hacer una corona de piedras preciosas para adornar la estatua de la virgen de San Eustaquio; pero cada vez que me proponía poner manos á la obra, una fuerza irresistible me paralizaba, asaltándome los más extraños terrores. He renunciado á ello, pero pienso que si la señora de Scuderi aceptase el homenaje que le preparo, seríame de gran provecho, para reconciliarme con el cielo, la intervención de tan virtuosa persona. Cardillac indicó el momento que debía escoger para entregaros el collar y los brazaletes. La convicción de que podríais salvar á Cardillac del abismo en que iba á precipitarse y librar á la inocente Madelon de las terribles represalias que la justicia ejercería tarde ó temprano contra la familia del artífice, me hizo acoger con entusiasmo el proyecto de llegar hasta vos; quería anunciarme como hijo de Ana Guiot y confesaros de rodillas todo cuanto sabía. Ya recordaréis, señora, cómo el estúpido terror de vuestros criados hizo fracasar el éxito de mi plan. Esperaba aprovechar una mejor y próxima ocasión de acercarme á vos, pero en el malogro de mi primera tentativa había creído Cardillac ver un fatal presagio, y desde aquel día comenzó á estar más sombrío y reconcentrado que nunca. Una especie de irritación nerviosa le hacía estremecerse día y noche; sus ojos extraviados se inyectaban de sangre; de su boca, contraída por una fiebre lenta, escapábanse frases sin conexión, de las cuales no llegaba yo á comprender

sino palabras que me llenaban de inquietud. No ignoraba yo á dónde podía conducirle la influencia de su mal espíritu, y temblaba por vuestra vida. Bien recordaréis el día que os encontré en el Puente Nuevo y el billete en que os suplicaba devolviérais el aderezo á Cardillac, á fin de que su odiosa pasión no se convirtiera en pretexto para atentar contra vuestra vida. Al siguiente día de nuestro encuentro no habíais devuelto el estuche, y yo oía á Cardillac hablar consigo mismo, lamentarse de la falta de sus malditas joyas y acariciar sus antiguas ideas de asesinato. Quería yo salvaros á toda costa, aunque fuese preciso perder á Cardillac.

»Cuando se hubo encerrado en su casa para rezar, según decía, sus oraciones de la noche, y entregarse al reposo que tanto necesitaba, salí por la puerta excusada y fui á ocultarme en un rincón del muro, donde ningún reflejo de luz podía descubrir mi presencia. No estuve mucho tiempo sin ver salir á Cardillac; seguíle á cierta distancia con precaución, y al llegar á la esquina de la calle de San Honorato desapareció como un espectro. Siendo mi único objeto protegeros y defenderos con mi cuerpo, fui á situarme en el umbral de vuestra morada. Casi en el mismo instante pasa por delante de mí, sin verme, un oficial que vestía riquísimo traje; iba tarareando un aria y parecía muy contento. De repente una sombra negra se precipita detrás de él; síguese una lucha rápida como el rayo; pero esta vez la Providencia vela, y es el asesino, es Cardillac quien cae herido. Acudo, profiriendo un grito de horror; el oficial me toma por cómplice del salteador, me hace frente y se retira espada en mano dejando un puñal en el sitio. No me ocupo más que de mi desgraciado maestro: temiendo que una patrulla del prebostazgo me sorprendiera en tan semejante trance, cargo con el cuerpo casi inanimado de Cardi-

illac, y bajo el peso de tan triste fardo, sin olvidar el puñal que podía, más tarde, servir de testimonio del homicidio, consigo entrar no sin gran trabajo en nuestro taller por la puerta secreta. Ya sabéis lo demás... Soy inocente de todo crimen, pero ninguna tortura me obligará á confesar jamás el horrible misterio. Es preciso que la pobre Madelon no tenga por qué sonrojarse jamás de los crímenes de su padre. No quiero que la mano del verdugo arrastre los despojos del hombre á quien esa pobre niña debe la vida. Que la Cámara Ardiente haga de mí lo que quiera: estoy dispuesto á sufrirlo todo, y sólo os pido de rodillas una gracia: prometedme no abandonar á Madelon huérfana, cuando yo haya sufrido el último suplicio.»

La señora de Scuderi, conmovida hasta derramar lágrimas, hizo comparecer al momento á Madelon. La joven, poseída de un pesar profundo, presentóse trémula y desconsolada; pero al reconocer á Oliverio, una expresión celestial animó sus ojos y arrojóse en sus brazos exclamando:

—Ya sabía yo bien que tú no podías ser culpable; pero ahora estoy segura de ello puesto que te veo, puesto que la más noble de las mujeres te ha salvado para devolverte á mi amor!

Oliverio experimentó en este rápido instante una inmensa dicha; era inocente, amado y libre!... Las angustias del pasado se olvidaron en el éxtasis de los dos amantes...

Pero Desgrais llamó discretamente á la puerta del aposento, y dijo que era tiempo de separarse. Oliverio Brusson debía volver al calabozo antes de la salida del sol.

La señora de Scuderi deploraba la suerte horrible que amenazaba al pobre joven, cuya inocencia le parecía tan bien probada, y atormentaba su espíritu para hallar un medio de salvarle. Escribió por lo pronto al

presidente la Reynie para referirle los pormenores de su entrevista con Oliverio Brusson, desplegando en su carta todo el calor, toda la elocuencia que presta al estilo una convicción inquebrantable. El presidente se apresuró á enviarle á decir que se regocijaba sinceramente de la inocencia de su joven protegido, pero que era menester que la justicia siguiera su curso: si Oliverio persistía en negarse á revelar lo que sabía, el tribunal se vería obligado á triunfar de su resistencia por los medios extremos.

Presa de la ansiedad que estas palabras le produjeron, la señora de Scuderi, que conocía bien los sangrientos rigores de la Reynie, corrió á casa de Pedro Arnaud d'Audilly, el más célebre abogado de París. Esperaba, con su apoyo, conseguir que se aplazara la ejecución de la sentencia de la Cámara Ardiente. El legista, después de haber escuchado cortésmente á la dama, respondióle sonriendo con este verso de Despreaux:

Lo verdadero puede á veces no ser verosímil.

Probó claramente á la señora de Scuderi que todas las apariencias se reunían contra la veracidad posible de la confesión de Oliverio, y que en todo caso, las medidas que proponía la Reynie para llegar al descubrimiento de la verdad le parecían infalibles.

—Pues bien—exclamó la señora de Scudery—iré á arrojarme á los pies del rey.

—Guardaos bien de ello, señora—replicó el jurisconsulto.—El rey no indultará jamás á un hombre que se niega á revelar á los tribunales un misterio semejante: la seguridad pública está comprometida en ello. El pueblo entero se rebelaría contra tal abuso de la clemencia. Que vuestro joven hable con franqueza, que responda á todas las preguntas; y si no llegase á pro-

bar su inocencia para que le absuelvan, os quedará siempre, como último recurso, el derecho de apelar á la misericordia real.

Este prudente consejo merecía ser atendido. La señora de Scuderi se retiró á su casa muy afligida; pero rogando á Dios que venciera la obstinación de Oliverio Brusson, quien con una sola palabra podía evitar deshonra y patíbulo. Por la noche, su fiel Martinière entreabrió la puerta del tocador donde se había encerrado todo el día su señora, y anunció casi en voz baja que el conde de Miossens, coronel de guardias del rey, solicitaba el honor de ser recibido sin demora.

—Señora—le dijo así que estuvieron solos—me dispensaréis que me presente tan á deshora en vuestra casa cuando sepáis que vengo por Oliverio Brusson.

—¡Hablad! ¡oh, hablad pronto, caballero! os lo suplico—exclamó la señora de Scuderi.

—Todo París—continuó el coronel—está persuadido de la culpabilidad de Oliverio; pero vuestro excelente corazón, lo sé, os conduce á creer todo lo contrario. A decir verdad, señora, nadie mejor que yo puede reconocer la inocencia de ese joven en el homicidio de Cardillac... porque yo soy, señora, quien le mató en la calle de San Honorato, cerca de esta casa. Es preciso que desde hoy se declare á Cardillac autor único de los ataques nocturnos que han costado la vida á tantas honradas personas. Concebí la primera sospecha cuando ese miserable, al entregar un aderezo para mí á mi ayuda de cámara, le dirigió muchas preguntas para averiguar á qué hora de la noche iba yo á ver á cierta señora. Esta pregunta, que me fué comunicada al punto por un servidor fiel, parecióme ocultar algún misterio de iniquidad. Había oído decir que todas las víctimas presentaban igual herida; podíase inferir que la misma mano descargaba todos los golpes y que el asesino cifraba su confianza en una sola manera de em-